

Los optimistas

REBECCA MAKKAI

TRADUCCIÓN DE AURORA ECHEVARRÍA



Yale Tishman es uno de los muchos amigos de Nico que se han reunido para honrar su memoria en una pequeña fiesta. A la misma hora, no muy lejos de allí, se celebra en una iglesia el funeral oficial, organizado por la familia, que ha dejado bien claro que sus amigos no son bienvenidos. Es Chicago, es 1985, y esos amigos son homosexuales.

En otros tiempos, tal vez, Yale lo habría tenido todo para ser feliz: una relación estable, un grupo de amigos muy unido y una carrera prometedor. Sin embargo, es Chicago, es 1985, y el SIDA causa verdaderos estragos: uno a uno, sus amigos enferman, y cada día que pasa el virus estrecha más su cerco alrededor de Yale. Pronto, solo podrá apoyarse en la hermana pequeña de Nico, Fiona. Tres décadas después, Fiona está en París, tratando de localizar a su hija, que hace años le dio la espalda y desapareció. Hospedada en la casa de un amigo de los viejos tiempos, Fiona aún lidia con las devastadoras secuelas que aquella época terrible tuvo para su vida y la relación con su hija.

Entrelazando las historias de Yale y Fiona, Rebecca Makkai nos ofrece una formidable novela que reflexiona sobre la enfermedad y la muerte, pero ante todo sobre el poder de la vida, el amor y la amistad. *Los optimistas* recrea con fidelidad el día a día de la comunidad gay en los ochenta, la paradójica atmósfera de vitalidad y esperanza por las libertades ganadas, y de incertidumbre y miedo en una época en la que un test positivo equivalía a una sentencia de muerte. Brutal y emotiva, esta novela retrata con gran humanidad a unos seres optimistas que incluso en medio del más pavoroso desastre continúan creyendo en la bondad.

Éramos los mayores optimistas. [...] Nadie me ha importado nunca tanto como los hombres que vivieron las primeras primaveras al mismo tiempo que yo, y vieron venir la muerte y se salvaron, y ahora recorren el largo y tormentoso verano.

FRANCIS SCOTT FITZGERALD, *My generation*

El mundo es asombroso, pero las porciones son pequeñas.

REBECCA HAZELTON, *Slash Fiction*

1985

A treinta y dos kilómetros de allí, treinta y dos kilómetros al norte, estaba empezando la misa del funeral. Iban por la avenida Belden y Yale se miró el reloj.

—¿Crees que la iglesia estará muy vacía? —le preguntó a Charlie.

—No pensemos en ello.

A medida que se acercaban a la casa de Richard eran más los amigos que caminaban en la misma dirección. Algunos se habían arreglado como si asistieran al propio funeral; otros iban con tejanos y cazadora de cuero.

La iglesia era solo para los familiares, las amistades de los padres y el cura. Si había sándwiches esperando en alguna sala de visitas, la mayoría se iba a echar a perder.

Yale encontró en su bolsillo el programa del velatorio de la noche anterior y lo dobló, y le salió algo parecido a los comecocos que hacían sus amigos en el autobús cuando era niño, los que adivinaban el futuro («¡cielo!» o «¡infierno!») al abrir una pestaña. Este no tenía pestañas, pero en cada cuadrante se leían palabras, algunas al revés, todas mutiladas por los pliegues: «Padre George H. Whitb», «Amado hijo y hermano, descansa en», «Todas las cosas hermosas y», «En lugar de flores, un donati». Todo junto, supuso Yale, describía el destino de Nico. Él mismo había sido hermoso y brillante. Las flores no servirían.

Las casas de esa calle eran altas y ornamentadas. En los escalones de las entradas todavía había calabazas, pero pocas tenían caras talladas; eran más bien arreglos ingeniosos hechos con calabazas y mazorcas. Cercas de hierro forjado, verjas batientes. Se adentraron en el sendero que conducía a la casa de Richard, un edificio noble de

piedra rojiza flanqueado a su vez por otros edificios nobles.

—Su mujer decoró la casa. Cuando estuvo *casado*, en el 72.

Yale se echó a reír en el peor momento posible, justo cuando pasaban por delante de Richard, que aguardaba en la entrada con una sonrisa solemne. Fue la idea de que Richard hubiera llevado una vida de hetero en Lincoln Park con una mujer aficionada a la decoración. La escena que le vino a la mente no podía ser más cómica: Richard metiendo a un hombre en el armario cuando la mujer volvía a entrar con prisas para coger su bolso Chanel.

Yale se recompuso y se volvió hacia Richard.

—Tienes una casa preciosa.

Detrás de ellos llegó un tropel de gente, que los empujó hacia la sala de estar.

Una vez dentro, la decoración era más propia de 1872 que de 1972: sofás de *chintz*, sillas de terciopelo con los brazos tallados, alfombras orientales. Yale notó que Charlie le apretaba la mano mientras se fundían con la multitud.

Nico había dejado claro que quería una fiesta. «Si me quedo por aquí en forma de fantasma, ¿creéis que querré lágrimas? Os rondaré, y al primero que vea sentado llorando, le arrojaré una lámpara desde el otro extremo de la habitación, ¿entendido? Os meteré un atizador por el culo, y no de la manera más delicada». Si hubiera llevado muerto solo dos días, no habrían podido cumplir sus deseos. Pero hacía tres semanas que los había dejado, y la familia había pospuesto el velatorio y el funeral hasta que su abuelo, a quien nadie había visto en veinte años, pudiera volar desde La Habana. La madre de Nico era fruto de un breve matrimonio anterior a Castro entre la hija de un diplomático y un músico cubano, y de pronto ese anciano era crucial para la organización del funeral, mientras que al hombre que llevaba tres años compartiendo la vida con

Nico ni siquiera lo habían invitado a ir a la iglesia. Cada vez que Yale pensaba en ello se enfurecía, que era precisamente lo que no quería Nico.

En cualquier caso, habían pasado tres semanas llorando y ahora la casa de Richard rebosaba de alegría forzada. Allí estaban Julian y Teddy, por ejemplo, saludando desde la barandilla del primer piso que rodeaba la habitación. Encima había otra planta, y un intrincado tragaluz redondo que presidía todo el espacio. Aquel lugar recordaba más a una catedral que la propia iglesia donde se celebraba el funeral. Alguien soltó una carcajada demasiado cerca del oído de Yale.

—Se supone que tenemos que divertirnos —señaló Charles.

Yale estaba convencido de que se le marcaba más el acento británico cuando hablaba con sarcasmo.

—Estoy esperando a los gogós.

Richard tenía un piano y alguien tocaba «Fly Me to the Moon».

¿Qué demonios estaban haciendo todos?

Un hombre demasiado flaco a quien Yale nunca había visto abrazó efusivamente a Charlie. Alguien de fuera de la ciudad, supuso, alguien que había vivido allí, pero se había marchado antes de que él entrara en escena.

—¿Cómo coño lo haces para estar más joven?

Yale esperó a que lo presentara, pero el hombre se puso a hablar con apremio de otra persona a quien tampoco conocía. Charlie era el centro de muchas vidas.

Una voz le habló al oído.

—Estamos bebiendo cubalibres. —Era Fiona, la hermana menor de Nico, y Yale se volvió para abrazarla y disfrutar del olor a limón de su pelo—. ¿No es ridículo?

Nico se sentía orgulloso de sus raíces cubanas, pero de haber sabido el revuelo que causaría la llegada de su abuelo, habría vetado la elección de esa bebida.

La noche anterior Fiona había anunciado a todos su intención de estar allí en lugar de asistir al funeral. Aun así, resultaba chocante verla, saber que había cumplido su palabra. Pero ella había rechazado a su familia tan categóricamente como esta había rechazado a Nico en los años anteriores a su enfermedad. (Hasta que, en sus últimos días, lo reclamaron e insistieron en que muriera en un hospital de las afueras, un centro mal equipado, pero con un bonito empapelado). Se le había corrido el rímel, e iba descalza, pero se tambaleaba como si todavía llevara tacos.

Le tendió a Yale su copa medio llena y con un cerco rosa en el borde. Luego le tocó con un dedo la hendidura sobre el labio superior.

—Todavía no me creo que te lo hayas afeitado. Quiero decir que te sienta bien. Se te ve más...

—¿Hetero?

Ella se rio.

—¡Oh! ¡No me digas que te obligan a parecerlo! ¿En la Northwestern?

La cara de preocupación de Fiona era una de las más auténticas que él había visto jamás: las cejas se le juntaban a toda prisa y los labios le desaparecían por completo dentro de la boca. Él se preguntó cómo era posible que le quedara alguna emoción.

—No. Es..., quiero decir que estoy a cargo del plan de desarrollo. Tengo que tratar con muchos exalumnos de cierta edad.

—¿Para conseguir dinero?

—Dinero y obras de arte. Es una danza extraña.

Yale había entrado a trabajar en la nueva galería Brigg de la Universidad Northwestern en agosto, la misma semana que Nico enfermó, y seguía sin tener muy claro dónde empezaban y acababan sus responsabilidades.

—Quiero decir que mis colegas saben de la existencia de Charlie. Es una galería, no un banco.

Probó el cubalibre. Una bebida poco apropiada para un 3 de noviembre, pero hacía una tarde insólitamente calurosa y era justo lo que necesitaba. La Coca-Cola lo espalaría.

—Te daba un aire a Tom Selleck. No puedo con los hombres rubios que se dejan crecer el bigote, es como pelusilla de melocotón. En los tíos morenos, en cambio, me encanta. ¡Deberías habértelo dejado! Pero no pasa nada, porque ahora te pareces a Luke Duke. En el buen sentido, claro. ¡No, a Patrick Duffy!

Yale no pudo reír, y Fiona ladeó la cabeza para mirarlo con cara seria.

A él le entraron ganas de hundir la cara en su pelo y llorar, pero no lo hizo. Llevaba todo el día intentando por todos los medios no sentir nada en absoluto. Si esa reunión hubiera sido tres semanas antes, se habrían limitado a llorar juntos. Pero se había formado una costra encima de la herida y, para colmo, estaba esa idea de *fiesta*, ese imperativo de estar bien a toda costa. Alegres.

¿Y qué había sido Nico para Yale? Solo un buen amigo. Ni un miembro de la familia ni un amante. Nico había sido, de hecho, el primer amigo de verdad que había tenido cuando se fue a vivir allí, el primero con el que se sentó simplemente a hablar, sin estar en un bar gritando por encima de la música. A Yale le encantaban sus dibujos, lo llevaba a comer panqueques, lo ayudaba a estudiar para el examen de equivalencia de secundaria, le decía que tenía talento. Ni a Charlie ni al compañero de Nico, Terrence, les interesaba el arte, por lo que iba con él a las exposiciones y a las conferencias de arte, y le presentaba a artistas. Aun así, si la hermana pequeña de Nico estaba aguantando con tanta entereza, ¿no debería él hacer un esfuerzo?

—Es difícil para todos —dijo Fiona.

Nico tenía quince años cuando sus padres lo repudiaron, pero ella le llevaba a hurtadillas comida, dinero y medicación para la alergia al piso que compartía con otros

cuatro tipos en Broadway. Con once años, tomaba ella sola el tren de cercanías y después el tren elevado desde Highland Park. Cuando Nico la presentaba, siempre decía: «Esta es la señora que me crio».

Yale no encontró palabras que mereciera la pena pronunciar.

Fiona le recomendó que echara un vistazo al piso de arriba cuando pudiera.

—Es Versailles.

Yale no veía a Charlie entre la multitud. Aunque daba la impresión de ser muy alto, solo medía un poco más que la media, y en situaciones como esa a Yale siempre le sorprendía no ver despuntar su pelo cortado al cepillo, su pulcra barba y sus ojos caídos.

Pero Julian Ames ya había bajado las escaleras y estaba a su lado.

—¡Llevamos dándole desde la hora de comer! ¡Estoy pedo! —Eran las cinco y ya anochece. Se apoyó en Yale con una risa nerviosa—. Hemos registrado de arriba abajo los cuartos de baño. O no tiene nada o lo ha escondido muy bien. Bueno, alguien ha encontrado unos frascos de *popper* viejos detrás de la nevera. Pero ¿tiene algún sentido darle al *popper* si no estás echando un polvo?

—No me lo creo. ¿Unos frascos de *popper*?

—¡Lo pregunto en serio! —Julian se irguió.

Le caía sobre la cara un mechón de pelo oscuro que, según Charlie, le daba un aire a Superman. («O de unicornio», añadiría Yale). Se lo apartó de la frente e hizo un mohín. Julian era, en todo caso, demasiado perfecto. Se había operado la nariz antes de irse de Atlanta porque le convenía para su carrera de actor, y Yale lo lamentaba. Habría preferido un Julian imperfecto.

—Y yo respondo en serio. No tiene ningún sentido meterse *popper* en una reunión en memoria de alguien.

—Pero esto no es un funeral, es una fiesta. Y es como...

—Julian volvía a estar cerca, hablándole con complicidad

al oído—. Es como el relato ese de Poe, el de la Muerte Roja. Hay muerte ahí fuera, pero aquí dentro vamos a pasarlo en grande.

Yale apuró el cubalibre y escupió un cubito de hielo en el vaso.

—Ese no es el tema del relato, Julian. No es así como acaba.

—Nunca fui de los que terminaban los deberes.

Julian le apoyó la barbilla en el hombro, algo que era propenso a hacer, y a Yale le preocupó, como siempre, que Charlie mirara en ese preciso instante. Se había pasado los últimos cuatro años asegurándole que no se fugaría con alguien como Julian, o como Teddy Naples, que en esos momentos se inclinaba precariamente sobre la barandilla con los pies en el aire, llamando a un amigo del piso de abajo. (Teddy era tan menudo que alguien seguramente lo cogería en brazos si llegaba a caerse, pero Yale no pudo evitar encogerse de miedo y mirar para otro lado). No había nada que justificara la inseguridad de Charlie, más allá de las miradas y el coqueteo de esos dos hombres. Y más allá del hecho de que Charlie nunca se sentiría seguro. Aunque fue Yale quien propuso una relación monógama, Charlie siempre estaba contemplando la posibilidad de que fracasara. Y había escogido a los dos hombres más guapos de Chicago para centrar en ellos sus temores. Yale apartó a Julian, y él sonrió aletargado y se alejó.

Había aumentado el nivel de ruido en la habitación, y reverberaba en los pisos superiores a medida que continuaba llegando gente. Dos hombres muy jóvenes y guapos se paseaban con bandejas de quiches individuales, champiñones rellenos y huevos duros con salsa picante. Yale se preguntó por qué la comida no era cubana también, a juego con las bebidas, pero Richard debía de tener un mismo programa para todas las fiestas: puertas abiertas, barra libre y chicos con quiche.

Aun así, eso era infinitamente mejor que el extraño y fraudulento velatorio de la noche anterior. En la iglesia flotaba un agradable olor a incienso, pero aparte de eso pocas cosas le habrían gustado a Nico de la ceremonia. «No lo pillarían aquí ni muerto», había comentado Charlie y, al darse cuenta de lo que acababa de decir, hizo un esfuerzo por reír. Los padres habían tenido mucho cuidado de invitar al compañero de Nico al velatorio, señalando que era «el momento apropiado para que los amigos presentaran sus respetos». Queriendo decir: «No vengas a la misa de mañana». O más bien: «No aparezcas ni siquiera en el velatorio, pero ¿no somos generosos?». Solo que Terrence había ido la noche anterior, junto con ocho amigos. Lo acompañaban, sobre todo, para arroparlo, pero también para apoyar a Fiona, quien resultó ser la que había convencido a sus padres para que enviaran la invitación; les había dicho que, si no invitaban a los amigos de Nico, se levantaría en mitad de la ceremonia y lo difundiría. Aun así, muchos amigos se habían excusado. Asher Glass aseguró que se le revolvería el cuerpo si ponía un pie en una iglesia católica. («Me pondría a hablar de condones a voz en grito, lo juro por Dios»).

Los ocho estaban sentados hombro con hombro en el fondo, una legión de trajes alrededor de Terrence. Habría sido bonito que él se hubiera mezclado con los demás asistentes de forma anónima, pero ni habían tomado asiento cuando Yale oyó a una anciana señalárselo a su marido.

–Ese. El caballero negro de las gafas.

Como si en esa iglesia hubiera otro individuo negro, uno con la vista perfecta. Esa mujer no fue la única que se pasó todo el oficio mirando hacia atrás para observar desde un punto de vista antropológico el momento en que ese espécimen de gay negro iba a romper a llorar, si es que lo hacía.

Yale sostuvo la mano de Charlie con disimulo, no como una declaración, sino porque sabía que era alérgico a las iglesias. «Veo reclinatorios y libros de himnos –solía decir–, y cinco toneladas de culpa anglicana caen sobre mí». Así que, muy por debajo del campo de visión de cualquier otra persona, Yale le acarició la mano con su pulgar.

Los familiares solo contaron anécdotas de los primeros años de Nico, como si hubiera muerto en la adolescencia. Había una graciosa, que compartió su estoico y ceniciento padre: cuando Fiona tenía siete años, pidió veinte centavos para comprar gominolas Swedish Fish del bote situado encima del mostrador de la tienda de comestibles. Su padre le señaló que ya se había gastado la paga semanal y ella se echó a llorar. Entonces Nico, que tenía once años, se sentó en mitad del pasillo y, durante cinco minutos, se retorció por el suelo tirando de una muela que tenía floja hasta que se la arrancó. Le sangró, y su padre, que era ortodoncista, se alarmó al ver que la raíz irregular seguía sujeta. Pero Nico se guardó la muela en el bolsillo y dijo: «El Ratoncito Pérez dejará veinticinco centavos esta noche, ¿no?». Delante de Fiona, el doctor Marcus no pudo contradecirlo. «¿Puedes prestármelos, entonces?».

El público se rio y al doctor Marcus apenas le hizo falta explicar que Nico le había dado el dinero inmediatamente a su hermana, y que la muela definitiva tardó un año entero en salirle.

Yale buscó a Terrence con la mirada. Tardó un minuto en encontrarlo, pero ahí estaba, sentado en mitad de las escaleras, demasiado rodeado aún para que pudiera hablar con él. En lugar de ello, cogió una miniquiche de una bandeja que pasaba y se la tendió a través de los balaustres.

–¡Pareces atrapado! –le dijo.

Terrence se llevó la quiche a la boca y volvió a alargar la mano.

–¡Que sigan llegando!

Fiona había querido engañar a sus padres, cambiando las cenizas de Nico por las de la chimenea y dándole a Terrence las auténticas. Era difícil saber si hablaba en serio. Pero Terrence no recibiría ningunas cenizas, ni nada en realidad, aparte del gato, que se había llevado cuando Nico ingresó por primera vez en el hospital. La familia había dejado claro que cuando empezaran a dismantelar el piso de Nico al día siguiente, Terrence quedaría excluido. Nico no había dejado testamento. Su enfermedad había sido tan repentina como fulminante: primero, unos días con lo que parecía ser solo un herpes zóster, y, un mes después, fiebres muy altas y demencia.

Terrence había sido profesor de Matemáticas de secundaria hasta este verano, en que Nico lo necesitó las veinticuatro horas del día y él se enteró de que también estaba infectado. ¿Cómo superaría el otoño, el invierno, sin Nico y sin trabajo? No era solo una cuestión económica. Le encantaba enseñar, le encantaban esos chavales.

Terrence tenía algunos de los primeros síntomas vagos, había adelgazado un poco, pero todavía no era nada grave, no lo suficiente para que le concedieran la invalidez. Se hizo la prueba después de que Nico enfermara, Yale no estaba seguro de si por solidaridad o simplemente para saberlo. No es que hubiera una cura mágica. Yale y Charlie habían sido de los primeros en hacerse la prueba esa primavera, solo por una cuestión de principios. El periódico de Charlie había estado defendiendo las pruebas, la educación y el sexo seguro, y a él le pareció que tenía que ser coherente con lo que predicaba. Aparte de eso, Yale había querido acabar de una vez. Creía que no saberlo era de por sí malo para la salud. En las clínicas ambulatorias aún no hacían la prueba, pero el doctor Vincent sí. Yale y Charlie abrieron una botella de champán cuando recibieron los buenos resultados. Fue un brindis sombrío; ni siquiera se acabaron la botella.

Julian volvía a hablar al oído de Yale.

–Ve a por otra copa antes de que empiece el pase de diapositivas.

–¿Hay un pase de diapositivas?

–Cosas de Richard.

Yale encontró a Fiona en la barra hablando con alguien a quien él no conocía, un tipo con un mentón muy definido que tenía pinta de heterosexual. Ella se enrollaba en un dedo sus rizos rubios. Estaba bebiendo demasiado rápido, pues hacía nada que le había dado a Yale su copa y ya tenía otra vacía en la mano, y no pesaba más de cuarenta y cinco kilos.

–¿Ya te acuerdas de comer? –le preguntó, tocándole el brazo.

Fiona se rio, miró al tipo y volvió a reírse.

–Yale. –Y le plantó un beso en la mejilla que probablemente le dejó barra de labios antes de dirigirse de nuevo hacia el tipo–: Tengo doscientos hermanos mayores. –Parecía que podía caerse en cualquier momento–. Pero, como puedes ver, él es el más pijo. Y mírale las manos.

Yale se examinó las palmas; no tenían nada de especial.

–No. ¡Por el otro lado! ¿No parecen patas? ¡Son peludas! –Le pasó un dedo por la densa mata de vello negro de un meñique–. ¡También en los pies! –le susurró en voz alta al hombre. Luego se volvió hacia Yale–: Oye, ¿hablaste con mi tía?

Yale recorrió la habitación con la mirada. Solo había unas pocas mujeres y ninguna tenía más de treinta años.

–¿En el velatorio?

–No, no conduce. Pero debes de haber hablado con ella, porque yo le pedí que lo hiciera. Se lo pedí hará meses. Y ella me comentó que lo había hecho.

–¿Tu tía?

–No, la tía de mi padre. Adoraba a Nico. Tienes que saberlo, Yale. Ella lo adoraba.

–Tráele algo de comer –le dijo Yale al tipo, que asintió.

Fiona le dio unas palmaditas en el pecho y se apartó, como si fuera a él a quien le fallara la lógica.

Yale consiguió otro cubalibre, que prácticamente era todo ron, y buscó a Charlie. ¿Eran de él esa barbilla barbuda y esa corbata azul? Pero la cortina de gente se cerró de nuevo, y no era lo bastante alto para ver por encima de ella. Justo en ese momento Richard bajó las luces y desenrolló una pantalla de proyección, y Yale no pudo ver más que los hombros y las espaldas que lo aprisionaban.

Si Richard Campo tenía algún trabajo, era el de fotógrafo. Yale no sabía de dónde sacaba el dinero, pero le permitía comprar un montón de cámaras bonitas y le dejaba tiempo para deambular por la ciudad haciendo fotos espontáneas, además de cubrir alguna que otra boda. Poco después de que Yale se instalara en Chicago, fue a tomar el sol a los Belmont Rocks con Charlie y sus amigos, aunque en esa época aún no eran pareja. Y fue el paraíso, a pesar de que se olvidó la toalla y de que, como siempre, se quemó. ¡Tíos besuqueándose a plena luz del día! Un espacio gay resguardado de la ciudad, pero abierto a la vasta extensión del lago de Míchigan. Uno de los amigos de Charlie, un tipo con el pelo ondulado y prematuramente plateado, y un bañador verde lima, estaba allí sentado haciendo fotos con su Nikon. Cambiaba de rollo y volvía a fotografiarlos a todos. «¿Quién es el perverso?», preguntó Yale. «Puede que sea un genio», respondió Charlie. Se refería a Richard. Claro que Charlie veía a genios en todas las personas, las azuzaba hasta que descubrían su pasión y luego las alentaba. Pero Richard tenía verdadero talento. Yale nunca habían tenido una relación estrecha con él – nunca había puesto un pie en su casa hasta ese día–, pero se había acostumbrado a verlo siempre en la periferia, observando y haciendo fotos. Era unos quince años mayor que todos los del círculo: paternal, afectuoso, ansioso por pagar la ronda de copas. Había financiado el periódico de Charlie en los primeros tiempos. Y lo que había empezado